Mujer y sociedad
Reflexiones en términos de identidad

Carlos Eduardo Monroy Galindo

Las variadas descripciones que se han hecho sobre las mujeres giran alrededor de un eje común: una visión de la mujer que va más allá de la sociología, política y psicología... una imagen mítica de lo femenino, tan antigua como la historia del hombre, como la religión, y común a todos los pueblos. Muchas de estas visiones femeninas se asocian con la tierra.

El concepto "tierra" en un primer momento poseyó una perspectiva cósmica, en la cual la tierra era la madre universal. La que daba y quitaba la vida, la que creaba a los seres humanos, la que alimentaba. La tierra aparece desde los primeros testimonios culturales y religiosos como la compañera inseparable del cielo en la pareja primordial del mito cosmogónico, en el que siempre juega un papel pasivo.

El segundo momento de la evolución del concepto tierra es aquel en el que la valoración religiosa está asociada al desarrollo de la agricultura. Antes de ser considerada como una divinidad de la fertilidad, la tierra se impuso directamente como madre por su capacidad de dar fruto.

La mujer, que disponía de tiempo y era observadora de los fenómenos naturales, se va interesando en los procesos de inseminación y germinación, y asume posteriormente un papel preponderante en el surgimiento de la agricultura. Este vínculo de la mujer con la tierra permite que se vaya dando el proceso de identificación.

Por otra parte, puesto que la mujer era solidaria de otros centros de fecundidad cósmica —la Tierra, la Luna—, adquirió también el prestigio de poder influir sobre la fertilidad y de poder distribuirla. La religión de la tierra se consolidó en las estructuras agrícolas, y a pesar de los milenios transcurridos, no cambia.

Sin embargo, a pesar del peso mitológico de esta imagen ancestral tradicional, nos encontramos con que la mujer está abandonando la postura conformista con un rol que le ha dado identidad por siglos. Esto produce reacciones y genera polémica en los diferentes sectores de la sociedad, y en nuestros días esta polémica sobre el tan antiguo tema del papel femenino parece estar más vigente que nunca.

Así, al parecer desde todas las perspectivas se coincide en señalar que la mujer tiene un papel muy claro en la sociedad como la encargada de la reproducción, entendida en los siguientes sentidos:

- Reproducción biológica de los individuos: que a pesar de que atañe también al hombre, se consuma por la mujer en el periodo de gestación, parto y lactancia.
- Reproducción de la fuerza de trabajo: realizada por medio del trabajo doméstico que permite a los miembros de la familia reponer el desgaste físico que ocurre cuando se integran a un proceso productivo.
- Reproducción socio-ideológica o de clase que la mujer ejerce cuando

transmite valores y patrones de conducta a los hijos y que perpetúan un sistema económico y de relaciones sociales.

A la función reproductora de la mujer, por ser biológicamente determinada, se le considera intrínseca y la lleva a aceptar el cuidado de los hijos hasta la edad adulta; forma parte obligada de su papel social. Ante esta situación ideológica y culturalmente aceptada por las sociedades, lógicamente los integrantes de las mismas suponen que las mujeres llegan a verse absorbidas por estos roles, que sus actividades económicas y políticas se ven limitadas por las responsabilidades del cuidado de los hijos, y sus emociones y atenciones están dirigidas hacia los niños y a la casa. Así, la mujer se convierte en una institución histórica clave para la reproducción de la sociedad y de la cultura.

A esto se agrega otra dimensión igual de ancestral, la cuestión de los roles sexuales en la sociedad, misma que es reflejo de la relación materna primaria que establecieron en la infancia los sujetos de ambos sexos.

Esta relación es diferente en ambos casos y determina una guerra entre sexos. El rol sexual de cada uno se aprende desde la primera infancia y deriva en una estructura social masculina, favorecida y mantenida tanto por hombres como por mujeres, aun cuando últimamente sean las mujeres, por ser las más oprimidas, quienes empiezan a elevar la voz de queja. La característica principal de esta sociedad es la falta de padre o la excesiva presencia de la madre, la cual se prolonga en la educación extrafamiliar (ya que las guarderías y escuelas son atendidas por mujeres en su mayoría). Las mujeres enfrentan también falta de apoyos para dedicarse al trabajo y sueldos más bajos que los del marido, quien en favor del bienestar económico se ocupa de trabajar mientras la madre suele quedar como principal y a veces única responsable de la educación de los hijos, quienes viven un desequilibrio psíquico.

Reconocemos que el desarrollo de mujeres y hombres desde el punto de vista psicológico es diferente, y en esa historia de diferencias los roles sociales son fundamentales. Ahí surge el problema femenino del vacío, de la identidad supeditada a la maternidad y de la sumisión frente al hombre.

La huella de las relaciones primarias con la madre marca diferencias importantes que llevan a los hombres y a las mujeres, en la edad adulta, a verse atrapados en un círculo vicioso, donde sus deseos y temores son opuestos e impiden su unidad y fusión a través del amor, que en realidad ambos desean.

Pero esta situación no sería circular en el sentido de no encontrarle principio ni fin, si no fuese porque aun cuando parezca increíble para algunos o muy obvio para otros, es una situación que las mismas mujeres generan al adjudicarse para ellas solas la educación del niño. ¿Estamos alertados de esto, mujeres y hombres? Parecería realmente que no. En las mujeres siguen vivas, tanto la reivindicación del niño, como la necesidad de ser "reconocidas" por el hombre. Las mujeres no salen del lugar en que fueron puestas por los varones.

Lo que en la actualidad ya no parece justificable es que, avalado por la ancestral concepción mítico religiosa, a partir de lo biológico se erija la obligatoriedad de un rol, el cual coloca a la maternidad como un fin en sí mismo y no como una función más, rol que limita el desarrollo personal de la mujer en otras áreas y que, además de ser impuesto por fuera, es adoptado por la mujer "desde dentro".

Esta reflexión nos lleva al punto central de este artículo: la falta de identidad de la mujer como tal. Es decir, existe un vacío en la identidad de la mujer, ya que ésta sólo se presenta como madre o como esposa, la mujer nunca es de "sí misma", es siempre en función de otros, especialmente de los hijos.



La relación madre-hijo puede asumir diversas características, lo que desemboca en la formación diferencial de los sujetos.

La madre suficientemente buena, es decir capaz de responder y reconocer las necesidades de su bebé, lo gratifica, le confirma el sentimiento de grandeza y le reafirma un sentimiento de ser real al legitimizar sus necesidades y la expresión de las mismas. Pero la madre que siendo capaz de reconocer y satisfacer las necesidades de su bebé antepone las propias, no brinda gratificación al hijo, no confirma el sentimiento de omnipotencia infantil, pero además, lleva al niño a responder a las necesidades que su madre le impone, dejando las propias como algo no entendido, algo que es vivido sin significado y que no es real; el responder a las necesidades de su madre en lugar de a las suyas lo lleva a conservar su amor y lograr el reconocimiento materno, por lo que desarrolla una estructura de falsa identidad, en la cual este bebé crecerá hasta convertirse en una persona incapaz de reconocer y satisfacer sus propias necesidades, siempre respondiendo a las de aquéllos que pueden ser significativos para él. La madre que "no es buena" es incapaz de cumplir la omnipotencia del pequeño, por lo que repetidamente deja de responder al gesto del mismo y en su lugar coloca su propio gesto, cuyo sentido depende de la sumisión o acatamiento por parte del niño. Esta sumisión constituye la primera fase de la falsa identidad (falso *self*) y es propia de la incapacidad materna para interpretar las necesidades del pequeño. Muy probablemente éste será un adulto incapaz de enfrentarse con una verdadera identidad (*self* verdadero), ya que al eliminar las necesidades externas se encontrará con un vacío que le llenará de angustia. Tampoco podrá definirse con una identidad clara e individual, sino que siempre será con base en cierto rol y determinadas relaciones con preferencia externa.

Cuando la madre no es capaz de adaptarse bien, el niño se ve reducido a la sumisión y es un ser falso que reacciona ante las exigencias del medio ambiente con aparente aceptación. Por mediación de este ser falso el pequeño se construye un juego de relaciones falsas y por medio de introyecciones llega incluso a adquirir una ficción de la realidad, de tal manera que el pequeño, al crecer, no es más que una copia de la madre, niñera, tía, hermano o quien sea que domine la situación entonces. El ser falso tiene una función positiva y muy importante: ocultar al ser verdadero, lo que logra sometiéndose a las exigencias ambientales. En los extremos de desarrollo de un ser falso, el

ser verdadero permanece tan perfectamente escondido que la espontaneidad no constituye uno de los rasgos de las experiencias vitales del niño. El rasgo principal es entonces la sumisión, mientras que la imitación viene a ser una especialización.

Podría plantearse que la relación que se da entre sociedad y mujer es similar a la relación madre-bebé, en la cual la sociedad juega el papel de la madre incapaz de reconocer, satisfacer y legitimar las necesidades de su hija (en este caso la mujer). Esta incapacidad provendría de la organización cultural prevaleciente, la cual depende de estructuras tales como el matrimonio y la familia donde la mujer es responsable de la reproducción (entendida como se expuso al inicio de este trabajo), y cualquier cambio en el rol materno implica un cambio en la estructura social. Los cambios son temidos siempre, y aquí especialmente por los hombres, quienes también se verían en la necesidad de cambiar sus derechos y obligaciones, lo que modificaría toda la estructura cultural.

¿Cuál es entonces la opción del bebé (la mujer en este caso)? La misma que la del hijo cuya madre no reconoce su individualidad: anteponer y responder a las demandas externas y crecer con el vacío y la estructura



de un falso *self*, que no reconoce aspiraciones propias.

La alternativa es reconocer las aspiraciones propias y luchar por alcanzarlas, aunque ello implique afrontar la culpa y el temor al rechazo, como lo han hecho ya una minoría de mujeres que, dependiendo de la pareja y la cultura local y familiar, han debido enfrentar en mayor o menor medida el violento o sutil rechazo por emprender cambios más allá de lo tolerado en su entorno, en pos de su propia expresión y desarrollo, lo que las ha llevado en no pocas ocasiones al aislamiento y estigmatización como rebeldes.

Ante esta situación, la mayor parte de las mujeres deciden adoptar y perpetuar —a través de la educación que dan a sus hijos (hombres y mujeres)— el papel de "seres incondicionales", que viven en función de los hijos, lo cual tiene consecuencias tristes no sólo para ellas, sino en ocasiones también para los hijos, a los que (en ciertos casos) se aferran, ya sea favoreciendo su dependencia, o incluso inconscientemente, su enfermedad mental, para no perder ellas su razón de existir y esforzarse por vivir. Winnicott dice: "[...] es posible localizar el punto de origen del ser falso [...] Constituye una defensa contra lo inconcebible: la explotación del ser verdadero y su consiguiente aniquilamiento [...] parte de la enfermedad de la madre con-

siste en su necesidad de provocar y mantener la confusión en quienes están en contacto con ella''.

Aun en los casos menos dramáticos, la mujer se empeñará en el éxito y buen desempeño de sus hijos en la sociedad (a veces sin respetar su individualidad), pues en la medida en que ellos son aceptados y exitosos, su valor como persona y su autoestima se ven acrecentados, ya que son su única identidad. Olivier dice: ''Si la madre decide quedarse junto a su hijo por considerar más ventajosa esta solución en el plano financiero o en el plano psicológico, el hijo se convierte en el hijo-salario de la madre, que no puede hacer ni desear nada que no sea por o contra ella''.

Algo similar puede decirse con relación a su rol de esposa y ama de casa. Ilustrando una vez más esta situación, Olivier comenta: ''He conocido falsas cocineras, falsas mujeres mundanas, falsas deportistas: de todo es capaz la mujer con tal de conservar a su hombre-deseador [...] La mujer termina por no saber si lo que muestra es lo que realmente ella es, o lo que el otro quiere que sea, pues a través del amor ha vuelto a plegarse a la conformidad con la norma del otro''.



Es así como, al igual que en el caso del individuo con una estructura de falso *self*, tanto la identidad de la mujer como su autoestima, tienen una referencia externa y se mantienen por las gratificaciones que obtienen de los seres significativos al responder a las necesidades de éstos.

Y puede continuarse la reflexión retomando el papel primordial de la mujer en la reproducción en sus tres aspectos, especialmente el que se refiere a la transmisión de roles sociales y patrones culturales, diciendo que si una persona no reconoce sus necesidades y es incapaz de reconocer las del otro, tampoco puede enseñar a un tercero a hacerlo, y es así como, a nivel de relación madre-hijo, se transmiten las condiciones para la perpetuación del falso *self*.

Una madre —lo mismo que el padre— educa a sus hijos con sus palabras (conscientemente), pero fundamentalmente con su ejemplo: con lo que ella realmente es (inconscientemente). Así, si ella funciona con base en la satisfacción de necesidades externas para conservar el amor y la aprobación, de igual manera se relaciona-

rá con sus hijos, a quienes transmitirá los roles tradicionales, desde la cuna y a lo largo de la vida, hasta en trivialidades como no enseñar al varón a cocinar, a remendar la ropa de la hermana, etcétera, así como no impulsará a su hija a dedicar gran parte de su tiempo a estudiar, a trabajar fuera del hogar. Esta situación puede generar frustración o culpa, que experimenta la mujer al quedarse en casa y no dedicarse a ella misma, o al intentar hacerlo y pertenecer a la minoría que busca la superación y padece diversas formas de rechazo.

Asimismo, una madre en pocas ocasiones habla con su hija acerca de los sentimientos ambivalentes que la maternidad le causó, ni de la gran renuncia que implicó en su vida, enfatizando únicamente la alegría y satisfacción que los hijos brindan, así como lo importante del rol materno en la realización personal de la mujer al ser la depositaria de la responsabilidad de la salud y educación de los hijos. Si a esta imagen le aplicáramos un lente macroscópico, veríamos cómo se refuerza en la sociedad, a través de los medios masivos de comunicación, desde el cine hasta los anuncios televisivos, y estaríamos, a la vez, volviendo a la relación madre-hija en el plano sociedad-mujer.

A ese nivel podemos reconocer términos tales como: "devoción materna", "instinto femenino", "fibra carnal" y otros títulos que se han utilizado para conceder a la mujer, bajo la forma de maternidad loable, todo lo que se le ha quitado de libertad, y se le llama devoción al hecho de que su libertad se haya convertido en la del otro.

Es evidente que no podemos hablar de la sociedad ni de la mujer como entidades estáticas; es importante reconocer que ambas están —y por lo tanto su relación también— en proceso de cambio, de ahí que sí veamos que el lugar de la mujer se ha modificado a lo largo de la historia; claro que en algunos países y estratos sociales más que en otros. En nuestro país en general, y en especial en niveles socioeconómicos bajos y entre la población indígena se nota un rezago más agudo. Los cambios que se han dado han sido paulatinos y los más importantes son bastante recientes (desde la concesión del voto, aceptación de mujeres en las universidades, etcétera). A pesar de los logros no puede decirse que la mujer está cerca de liberarse de este falso *self* y de alcanzar una identidad propia. Sin embargo, si volvemos a considerar la relación entre la sociedad y la mujer como un proceso, puede esperarse que vaya lográndose, paulatinamente, mediante el empuje de la mujer, una organización del *self* cada vez más cercana a la salud, o al menos, más alejada de los extremos patológicos, en los términos que Winnicott lo plantea, lo cual implicaría obviamente una re-estructuración socio-cultural concomitante.

Así como pueden transmitirse las condiciones para la continuidad del falso *self*, pueden también transmitirse las condiciones para su reorganización más sana. Esta parece ser la búsqueda y la esperanza de la mujer, aun cuando todavía esté en manos de una minoría que además de superarse, busca, ante todo, comprender la relación de la mujer con la sociedad para poder así modificar patrones de conducta y educación siendo co-encargada de la reproducción socio-cultural.♦

Bibliografía

Eliade, M. *Tratado de la historia de las religiones*. Biblioteca Era, México, 1988.

Olivier, C. *Los hijos de Yocasta*. Fondo de Cultura Económica, México, 1989.

Winnicott, D. W. *El proceso de maduración en el niño*. Laia, Barcelona, 1981.

Feilnolz, Dafna. *Revista del Departamento de Psicología*. Universidad Iberoamericana, volumen 5, números 3 y 4, julio/diciembre de 1992.